

**Didier da Silva**

# **LA NOCHE DEL 4 AL 15**

**PERIFÉRICA**



Un 4 de octubre expira en Europa el calendario juliano, el cual, por un error de su creador, acumulaba desde la antigua Roma once días de retraso. Fue el papa Gregorio XIII quien dispuso que a la mañana siguiente sería día 15. De este modo podemos decir, con una certeza única en la historia del mundo, que del 5 al 14 de octubre de 1582 no sucede absolutamente nada.

Todo lo contrario de lo que ocurre en este libro, por cuyas páginas transitan músicos, científicas, volcanes en erupción, pintoras, expediciones botánicas, actores, accidentes de avión, naufragios, injusticias olvidadas, hitos de la humanidad, cineastas o escritoras: un cruce incesante, arbitrario y a la vez preciso, repleto de homenajes y también alguna burla, pues el humor es la divisa principal de este relato concatenado.

Con espíritu oulipiano, Didier da Silva se impone una forma (recorrer uno a uno los 365 días del calendario) que, lejos de cualquier constreñimiento, solo ejerce efectos positivos sobre el fondo: al igual que en una enciclopedia, las entradas no se limitan a una única historia, sino que desarrollan un entramado de relatos y de encuentros que ofrecen otros tantos nudos novelescos. Toda fecha se convierte en un detonante, ningún día tiene final. La estructura de la narración, fruto de la siempre inesperada yuxtaposición de ciertas ideas, teje conexiones improbables entre todos los días de un año que es todos los años y en el que surgen nuevas relaciones entre los acontecimientos, más allá del espacio y del tiempo, trazando, de este modo, una hipótesis brillante y mordaz de la historia del mundo.

En su recorrido, Da Silva toma caminos apartados: es en la maleza de la historia donde se siente más cómodo, en los ángulos muertos, en los intersticios, en el fuera de plano.

Si, de acuerdo con Robert Bresson, cuyas ideas atraviesan este libro, crear no es ni deformar ni inventar personas ni objetos, sino establecer entre ellos unos vínculos nuevos, este teatro del mundo que es La noche del 4 al 15 constituye una creación sobresaliente, una obra de orfebrería, una proeza lúdica, erudita, extraña y genial.

*A Thomas, que ha trascendido el tiempo*

## PREFACIO

Ya sea de propios o ajenos, no siempre resulta sencillo celebrar los cumpleaños. El asunto no es baladí: no sabemos ni qué regalar ni cómo, nos dan miedo las meteduras de pata o los duplicados, nos faltan las palabras. A menudo pasamos mucho apuro. Didier da Silva no pasa ninguno, pues sabe que cada día trae más de un acontecimiento y, al dar testimonio de ello, no le faltan las palabras.

Tan arbitraria como un abecedario, no menos preciosa que un diccionario, su empresa es asimismo una agenda sin fecha de vencimiento, por lo tanto, perpetua. En el espacio de un año se evocan todos los días del mundo. Al igual que sucede en una enciclopedia, cada una de las entradas no se limita a una única historia, sino que, generalmente, desarrolla un entramado de relatos y de encuentros que ofrecen otros tantos nudos novelescos.

Cada lugar y cada personaje sugieren una multitud de reflejos que podrían entrecrozar sin cesar: toda fecha se convierte en un detonante, ningún día tiene final. Como es lógico, en estas páginas se cruzarán, entre otros, exploradores, sabios, criminales, deportistas, artistas de todos los géneros y perfectos desconocidos, pero también sensaciones, paisajes, fenómenos climáticos, accidentes temporales, objetos inanimados: todo un cosmos. De este modo, en un año se traza una hipótesis conmovedora y cáustica de la historia del mundo.

Merced a una imaginación más alegre, si cabe, por cuanto responde a un esmerado método, lo que en estas

páginas se construye es, más allá de los meros ensueños del calendario, un universo paralelo en el que, naturalmente, los fenómenos reales son, como siempre, los más inverosímiles.

JEAN ECHENOZ

El 8 de septiembre es el día de Año Nuevo o *día uno del mes de absoluto* en el calendario patafísico. Tal día como ese en 1907, un astrónomo de Bade-Wurtemberg dio el nombre de Sherezade a un asteroide.

Un 9 de septiembre nace el autor de *El oficio de vivir* y muere el de *Un lance de dados*.

«Mi muerte me obsesiona como una guarrería obscena y, por consiguiente, terriblemente deseable»: así hablaba Georges Bataille, cuyos ojos se abrieron un 10 de septiembre en 1897.

Ese mismo día en 1622 en Nagasaki, ante un público de cien mil personas y bajo la presidencia del vicegobernador de dicha ciudad, que, a modo de represalia, Dios Padre dejará que sea destruida tres siglos después, se ejecuta a cincuenta y cinco cristianos. Apenas dan las ocho de la mañana y ya han decapitado a treinta seglares, entre ellos seis niños. A continuación, disponen sus cabezas sobre un caballete frente a veinticinco postes consagrados a dar muerte a sus confesores, franciscanos y jesuitas, cuyo martirio comienza entonces: mediando un espacio de dos metros entre cada uno, digamos que, más que quemarlos, los cuecen a fuego lento, pues cada dos por tres los van regando con agua hirviendo con el fin de prolongar el suplicio.

Ni uno solo de ellos rompió sus ataduras, sueltas a propósito, ni uno solo de ellos apostató de lesukirisuto, como decían allí. Cantaron. El más fornido de ellos, un español de cuarenta y cuatro años nacido en Valencia, realiza la

proeza –hacía ya un buen rato que se había quedado solo– de aguantar quince horas.

Parece lógico que en 2002 el 10 de septiembre se convirtiera –los no creyentes son igual de lentos a la hora de reaccionar que el Espíritu Santo– en el Día Mundial para la Prevención del Suicidio.

El 11 de septiembre, catástrofe: muere François Couperin, apodado el Grande, y deja así doscientas treinta piezas de clavecín repartidas en veintisiete *ordres* y cuatro libros que podrán darnos la impresión de conocerlo más que a un amigo íntimo porque en ellos el músico se entrega a corazón abierto, cuando de su vida, por lo demás normal y corriente, no sabemos, como quien dice, nada.

El 12 de septiembre es un buen día para descubrir la cueva de Lascaux, prometer a su país caminar por la superficie de la Luna, ver morir a Claude Chabrol o a Johnny Cash. Según Fabre, Fabre d'Églantine, el poeta que con la ayuda de un jardinero dio nombre a los días del *calendario revolucionario*, el de hoy es el de la *bigarade*, una variedad de naranja amarga.

El 13 de septiembre, siempre según Fabre, es el día de la vara de oro<sup>11</sup>. Este da, en efecto, buenos frutos.

Grandville, por ejemplo, ilustrador nacido en Nancy y muerto de pena (a los cuarenta y tres años); Arnold Schönberg, a quien a estas alturas ya ni presentamos, y Sherwood Anderson, a quien a estas alturas apenas leemos (craso error nuestro); Roald Dahl, por quien sabemos que un crimen perfecto necesita de un pollo congelado; la Castafiore inca, Yma Sumac, cuya voz abarcaba cuatro octavas (y media); Mel Tormé, un *crooner* de voz melodiosa; Jacqueline Bisset, la Tatiana de *Cómo destruir al más famoso agente secreto del mundo*, de De Broca, y la Yvonne de *Bajo el volcán*, de Huston.



También se siegan las vidas de varias buenas cosechas: dos personalidades de peso que delimitan el siglo XVI, Mantegna y Montaigne; Emmanuel Chabrier, músico auvernés, según el cual había dos tipos de música, la buena y la *que no vale la pena*; Leopold Stokowski, el director de orquesta de *Fantasía*, que contribuyó tanto a la una como a la otra durante cerca de sesenta años, y, por último, el actor Roland Blanche, a quien el cine francés encomendó durante veinte años el papel de un bizco sudoroso.

James Fenimore Cooper, afortunado autor de un éxito mundial, *El último mohicano*, murió el 14 de septiembre, en 1851, en la víspera de su sexagésimo segundo cumpleaños, de modo que, si bien el último de los mohicanos muere hoy, nace mañana.

En 1984, el último signo de vida de Richard Brautigan, a quien se conoce como el último de los *beats* a raíz del enormísimo éxito de su colección de relatos *La pesca de la trucha en América*, pero cuyo cadáver no se descubrió en su casa de Bolinas hasta el 25 de octubre, por lo tanto, seis semanas después de que la única bala de su Smith & Wesson calibre 44 hubiera abandonado su nicho para dar un breve paseo con un interesante destino —la cabeza del poeta—, un paseo en el que tuvo que ir apartando los vapores del alcohol.

Dos años antes, Grace Kelly no sobrevivió al accidente que había tenido la víspera en la carretera de Turbie —treinta años atrás, uno de los decorados de *Atrapa a un ladrón*—, a quince kilómetros de Niza, donde, por cierto, ese mismo día en el 27, el fular de seda de Isadora Duncan se había enredado en la rueda del destino y en la de un automóvil.

Ni el nacimiento de Al-Biruni, erudito persa cuya tesis no descartaba que la Tierra girase alrededor del Sol —«Posiblemente, posiblemente», decía en árabe mientras se

acariciaba la barba— y que exploró la India desde el año 1008, ni el de Marco Polo, quien, como se sabe, exploró la India, ni el de Jean Renoir (quien, mire usted por dónde, también exploró la India) son un consuelo para el 15 de septiembre, día en que, en el 45, se mató asimismo a un explorador, pero de una India musical; ni la revelación de Agatha Christie ni el primer berrido de Jessye Norman compensan por aquel último puro de Anton von Webern en las inmediaciones de una casa tirolesa: había anochecido, la guerra había terminado, el nazi de su yerno traficaba a sus espaldas con los yanquis (el mercado negro era de lo más jugoso), entre ellos un tal Raymond Norwood Bell, un cocinero que jamás había matado a nadie y que aquella noche andaba nervioso y, ahí lo tenemos, sale a la oscuridad, oye un ruido, no sabe que Anton está fuera tomando un poco el aire; todavía pueden verse los tres balazos en la tapia; por lo que respecta a Anton, le bastó con uno solo.

«Así pues, algunas veces la realidad se parece a los sueños, y no siempre a las pesadillas», constataba incrédulo Jean-Baptiste Charcot, que cumplió treinta y nueve años en 1906 mientras admiraba las catedrales de icebergs del Antártico; rememoraba sus juegos de treinta años atrás en el jardín de su padre, neurólogo, en los que imitaba a los exploradores de los polos con una silla patas arriba a modo de trineo, ahogándose bajo unas mantas. Aquello era demasiado hermoso.

El 16 de septiembre de 1936, el cuarto de sus barcos, que se llamaba *Pourquoi-Pas?* —Charcot no salía de su asombro—, naufragó frente a Islandia a su regreso de Groenlandia, víctima de una tempestad ciclónica, y con él, la vida de ensueño de Jean-Baptiste. En ese mismo instante, dos muchachos del Bronx celebraban su cumpleaños: el duodécimo de Lauren Bacall, a la que se apodararía The

Look, y el noveno de Peter Falk, que ya tenía un ojo de cristal.

El 17 de septiembre de 1908, un teniente norteamericano de veintiséis años, Thomas Selfridge, a quien apasionan los balbuceos de esas aeronaves que son más pesadas que el aire, se las ingenia para montarse a bordo del *Wright Flyer III* al lado de su creador, Orville Wright, y sobrevuela cuatro veces y media con éxito, a cincuenta metros de altura, la base militar de Fort Myer, en Virginia. En eso la hélice se parte, cosa que enseguida también hace la cabeza de Selfridge al descender en picado el prototipo (Wright apenas se rasguña). Nuestro entusiasta teniente se convierte así en la primera víctima de un accidente de avión. Cada campo tiene su pionero: solo hacía falta alguien que se consagrara a ello, y ese alguien fue Thomas. Enhorabuena, Thomas.

El 17 de septiembre es propicio para los vanguardistas. Nace en Matsuyama, en la isla de Shikoku, aquel que con el nombre de Shiki, que significa «cuco chico<sup>[2]</sup>», se convertirá en el padre del haikú moderno:

Estúpido el 31 de diciembre  
igualmente estúpido  
el día de Año Nuevo

El escritor tiene aún más mérito por cuanto pasa un tercio de su breve vida (concluida en 1902, recién cumplidos los treinta y cinco años: a principios del siglo XX dos de cada mil japoneses morían de tuberculosis) sobre *Una cama de enfermo de seis pies de largo*, título de la columna que, sin quejarse, escribía para el periódico *Nihon*.

En 1179 la benedictina Hildegarda de Bingen se reúne con su Creador tras haber festejado la víspera sus ochenta y un años de existencia. Algunos sostienen que su *Ordo*

*Virtutum* –que pone en escena las virtudes y a Satán: las unas cantan; el otro, no– es la primera ópera que existe.

Puesto que el calendario revolucionario comprendía doce meses de treinta días, le faltaban cinco para completar un año y un sexto cuando este era bisiesto, en vista de lo cual se crearon los *días complementarios* –primero llamados *sans-culottides*, pero alguien debió de reparar en que tantísima innovación mataba a la propia innovación– a los que Fabre no asignó frutas ni plantas, sino ideas y nociones: día del trabajo, día de la virtud, día de las recompensas o de la opinión, día de la revolución (el más escaso, cada cuatro años), situando en segunda posición el día del genio, que la mayoría de las veces caía en el 18 de septiembre. Tal día como ese fallece Jimi Hendrix, de manera que esa fecha es en realidad el día del genio muerto (en su vómito). Baja la fiebre. Como suele decirse, el frío anunció ese día la nieve.

El 19 de septiembre es un buen día si quiere usted aparecérsenos súbitamente en las alturas aunque no hayamos sabido de usted desde hace siglos. Eso es lo que, envuelta en una viva luz, hizo la Virgen a dos jóvenes pastores de Isère, hacia las tres de la tarde, en 1846, en la montaña de Salette; eso es también lo que hizo la momia amarillenta y cerosa de un cuarentón –llamado Ötzi– a dos senderistas nuremburgueses en 1991 en las montañas del Tirolo, donde este había muerto cinco mil años atrás.

Lampiño de cuerpo pero barbudo, tatuado, con intolerancia a la lactosa, habiendo ingerido en su última cena una cabra montesa y cereales, el *protohíster* de la Edad del Cobre, descongelado a causa de un tórrido verano, presenta una realidad que infunde una mayor certeza (su cuerpo de veintiún kilos está expuesto en una cámara frigorífica en Bolzano, hay réplicas circulando por ahí) que la infundida por esa madre de Cristo que se acerca llorando

a unos niños incultos para avisarlos de que no reprimirá durante mucho tiempo la cólera de su hijo (hay réplicas circulando por ahí), y, sin embargo, ambos a buen seguro adoptarían la siguiente frase de Italo Calvino, fallecido un 19 de septiembre, en *Tiempo cero*: «Podría así definir como tiempo y no como espacio ese vacío que me ha parecido reconocer al atravesarlo».

El 20 de septiembre gusta de las grandes primicias: en 1519 la nao de Magallanes sale de las aguas del Guadalquivir para llevar a cabo la primera vuelta al mundo (algo que hace la nao, no así Fernando, quien, distraídamente, se precipita hacia una flecha embadurnada de veneno que un salvaje de la isla de Mactán, a las órdenes del rey Kali Pulako, le disparará a los diecisiete meses de haber zarpado). Nace Фадей Фадеевич Беллинсгаузен, un almirante de la armada rusa más conocido, aunque tampoco tanto, con el nombre de Fabian Gottlieb von Bellingshausen (claro, no iba a ponerse el suyo de nacimiento), cuya expedición fue, con todo, la primera en adentrarse en las tierras del Polo Sur cuando corría el año 1920. En el 2000 fallece Герман Титов, es decir, Guerman Titov (algo más fácil de retener), un joven y apuesto piloto del Ejército del Aire soviético a quien acometieron unas acuciantes ganas de vomitar que persistieron durante las veinticuatro horas que tardó en dar diecisiete órbitas alrededor de la Tierra a bordo del *Vostok 2*, en agosto del 61, cuando tenía veintiséis años y que, aun así, entre una arcada y otra, hizo las primeras fotos jamás hechas del globo terrestre desde el espacio, así que tampoco le vamos a reprochar que las malograra un poco.

También recordamos, en Järvenpää, al norte del lago Tuusula, el último suspiro de Jean Sibelius.

Un 21 de septiembre se quemó un tercio de Nueva York. En Francia se abolió la monarquía. Más adelante, en el

mismo lugar, dimitió Deschanel, harto de que se burlasen de él por haber estado a punto, en el mes de mayo, de romperse el cuello al caerse de un tren nocturno que circulaba a cincuenta kilómetros por hora durante un episodio de sonambulismo, o quizá solamente de angustia –se ahogaba; rápido, un poco de aire–; acto seguido, bordeó, ensangrentado (y en pijama), la vía férrea envuelta en tinieblas hasta que se cruzó con un ferroviario («Soy el presidente de la República»; cara del ferroviario; «Me di cuenta de que era todo un caballero, tenía los pies limpios», dirá la esposa del guardabarrera). Una reserva de nitratos explotó en Toulouse. La sonda *Galileo* estalló por encima de Júpiter. Nacieron Gustav Holst y H. G. Wells, el profesor Choron, Stephen King, Bill Murray. Falleció Virgilio. Murió Walter Scott. También, Arthur Schopenhauer, que escribió lo siguiente:

No estamos en situación de seguir miembro por miembro la conexión causal entre cualquier acontecimiento vivido y el momento presente, mas no por eso lo consideramos como un sueño. De ahí que en la vida real por lo común no nos sirvamos de esa clase de investigaciones para distinguir el sueño de la realidad<sup>[3]</sup>.

Solamente el despertar, añade, permite tal cosa.

No desdeñemos el 22 de septiembre. Comienza la primavera en el hemisferio sur presentando su espectáculo fuera de la capital antes de su triunfo parisino; en cien días, el año dará fin; ha llegado la época de la vendimia; es, por lo demás, el día de la uva. Según Lincoln, cuatro millones de esclavos de repente se quedan en paro. Nace en Viena *The Man You Loved to Hate*. Anna Karina nace en una costa danesa y ya entonces no sabe qué hacer. El *joli philosophe*, François Bernier, entrega su alma: sus compa-

ñeros de clase se llamaban Cyrano y Molière; más adelante sobrevivió a la peste en El Cairo; pasó ocho años en el Imperio mogol en calidad de médico de la corte (sus estudios de Medicina habían durado tres meses, incluido el diploma, en Montpellier, lo suficiente para dar la vuelta a eso que ya sabemos en 1652, y a Montpellier); volvió a Marsella para escribir en su hogar varias obras, una *Introducción a la lectura de Confucio*, una *Descripción del canal del Languedoc* (que suscitó polémica), una *Memoria sobre el quietismo en las Indias*. Es el equinoccio: el día y la noche tienen la misma duración, no podemos culpar a nadie.

Un 23 de septiembre murió Freud con unos dolores atroces, y nació Cyril Hanouna.

Comienzan unas vidas mejores, su final ya es otro cantar: las de dos pájaros en equilibrio inestable sobre sus respectivas ramas, John Coltrane y Romy Schneider, pero asimismo comienza la del niño estrella Mickey Rooney, con la estatura de tres guisantes pronto arrugados y que, a pesar de haber nacido unos años antes que aquellos dos, aún vivirá mucho tiempo cuando ellos ya estén muertos, y que dejará –después de noventa años de una carrera que abarca desde el cine mudo hasta la serie televisiva– dieciocho mil dólares netos a su yerno y único heredero (doscientos billetes ahorrados al año: un manirroto redomado este viejo Mickey).

En 1913, Roland Garros, de veinticuatro otoños, gracias a un motor Gnôme y a una hélice Chauvière, surca el cielo desde Fréjus a Bizerta en poco menos de ocho horas y, para recordar tamaño acontecimiento, se harán sellos. Treinta años después, la aviación se perfecciona y un millón de bombas aliadas llueven sobre Nantes; si bien el centro de la ciudad está hecho añicos, el puerto queda intacto, a pesar de que este fuera precisamente el blanco.